

Ricardo Vicente López

*Modos y problemas
del saber*

*Análisis y reflexiones sobre
la problemática del conocimiento*

Cuaderno de reflexión:

El saber y las ideologías

Reflexiones necesarias para acercarnos al tema

En la Grecia clásica, la astronomía comienza su despegue. Eudoxio¹ (390–337 a. C.) imaginó un sistema del universo llamado de las “esferas homocéntricas” (que tienen un centro común), en el que la Tierra era inmóvil en el centro, y los cuerpos celestes entonces conocidos estaban fijados a siete grupos de esferas de dimensiones crecientes desde la más interna a la más externa.

Unos veinte siglos después, dos grandes de la física, Nicolás Copérnico² (1473-1543) había deducido matemáticamente: que el Sol y no la Tierra es el centro del sistema, y Galileo Galilei³ (1564-1642), mediante el uso del telescopio para la observación, descubre y demuestra lo que el cielo que observaba Eudoxio y el que estudió Galileo era indudablemente el mismo, la muy importante diferencia se llamaba *telescopio*, que permitía ver los planetas con muchísimo más detalle.

Si utilizamos este relato como una reflexión sugerente de las posibilidades del conocimiento, y la proyectamos sobre nuestra muy compleja realidad globalizada, se podrán sacar como conclusión algunas consecuencias necesarias para abordar la reflexión que propongo. Eudoxio no estaba “equivocado”, eso se supo mucho tiempo después, una vez que se pudo contar con instrumentos apropiados. Veía lo que estaba a su alcance y, muy inteligentemente, propuso una solución posible para su tiempo, que resolvía un problema: entender la rotación de los planetas. Es decir, para el griego, que contaba con instrumentos precarios, la posibilidad de encontrar otra explicación era muy difícil. La calidad de las prestaciones del instrumento es la que nos permitió manejar datos, en mayor cantidad y precisión, que acercaron, en cada caso, al conocimiento buscado, que es siempre relativo a su época y geografía.

Estamos hablando de la realidad física, pero ¿cómo se manifiesta, en cambio, en la realidad política-social-económica?, ¿cuáles son los instrumentos con que contamos para esa tarea? Esos instrumentos propios de la reflexión filosófica⁴ están en nuestras mentes: podemos denominarlos *categorías de pensamiento*. Si recurrimos a una definición de manual, podemos leer lo siguiente:

En filosofía, una categoría es una de las nociones más abstractas y generales por las cuales las entidades son reconocidas, diferenciadas y clasificadas. Mediante las categorías, se pretende una clasificación jerárquica de las entidades del mundo. Entidades muy parecidas y con características comunes formarán una categoría, y a su vez varias categorías con características afines formarán una categoría superior.

Sin pretender introducirnos en un debate profundo, y sólo como ejemplo de cómo utilizaré el concepto mencionado, intentaré una aproximación que ilumine su significado. Analicemos la definición. Nos encontramos con que, en la filosofía, categoría es una de las nociones *más abstractas y generales*. Podemos definirla, transitoriamente y para aplicarla a este uso específico, como un conjunto de ideas y conceptos que

¹ Filósofo, astrónomo, matemático y médico griego, pupilo de Platón. Su obra no ha llegado a nuestros días; todas las referencias con las que contamos provienen de fuentes secundarias, como el poema de Arato sobre astronomía. Fue el primero en plantear un sistema planetario basado en un modelo matemático, por lo que se le considera el padre de la astronomía matemática.

² Astrónomo del Renacimiento, formuló la teoría heliocéntrica del Sistema Solar, concebida en primera instancia por Aristarco de Samos (310-230 a. C.).

³ Físico y astrónomo italiano, estudió en la Universidad de Pisa, se inició en matemáticas fuera de las aulas, y abandonó los estudios universitarios sin obtener ningún título pero había adquirido gusto por la filosofía y la literatura.

⁴ Se puede encontrar un trabajo más detallado en *La filosofía como modo del pensar crítico* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

nos habilitan a pensar la realidad social. Con las categorías, logramos hacer una: «clasificación jerárquica de las entidades del mundo». Estas entidades son «muy parecidas y con características comunes», y es tarea de la mente colocar a cada una en su casillero correspondiente, para formar así una *categoría*.

Detengámonos un momento en este punto. Debemos preguntarnos si las entidades requieren, para ser clasificadas, la presencia de una categoría —ejemplo: “perro” definirá qué animales entran y cuáles quedan fuera de ella—. Por lo tanto, la categoría ya contiene una definición previa que posibilita la «clasificación jerárquica», es ella la que nos dice “esto, sí; esto, no”. Sin embargo, ¿no deberíamos preguntarnos ahora quién construyó la categoría que utilizamos? Cuando falta esta pregunta, la categoría adquiere una forma “natural”, heredada, puesto que somos conscientes, después de esta reflexión, de que estamos utilizando una *categoría*, pero ignoramos de dónde proviene.

La conclusión sobre esta breve serie de interrogaciones se puede resolver de varias maneras. Encontramos una de ellas en Platón⁵ (428– 347 a. C.), que propuso la «teoría de la reminiscencia» que, en síntesis, definía el conocimiento certero, objetivo, fundado en categorías, como una «recuerdo de una vida anterior». Sin detenernos demasiado en este aspecto, pero para acercarnos a una breve descripción, recurramos otra vez al manual:

La teoría de la reminiscencia aborda el doble problema de la adquisición de conocimiento y de su justificación. A pesar de que todo lo que el hombre ve, oye y siente se podría considerar como un conocimiento, la veracidad, la certeza, de éste no puede garantizarse, porque no todos los hombres sienten de la misma forma, y lo que para uno es, por ejemplo, caliente, para otro es tibio, y así sucesivamente. Es por eso que resulta difícil o incluso imposible basar la teoría únicamente en las sensaciones, a pesar de que, aparentemente, puedan parecer lo más evidente.

Frente a este problema, Platón se remite a las matemáticas en las que, sin necesidad de sentir, se puede llegar a proposiciones claramente verdaderas que parecen surgir de uno mismo. Esta evidencia, según la cual la verdad no parece salir del mundo exterior sino de la razón propia, muestra cómo la mente (o el alma) parece producir información común a todos los humanos, por ejemplo cuando se hacen operaciones matemáticas, mientras que las sensaciones parecen producir información individual, que no sirve para crear un conocimiento verdadero. Por lo anterior, a pesar de la tendencia a creer que se obtiene el conocimiento a partir del mundo exterior, el conocimiento verdadero debe emerger de la mente. Dada tal necesidad, es necesario considerar la forma en que la mente provee conocimiento.

Platón resuelve de un modo aceptable para su tiempo: al nacer una persona, se introduce dentro de ella el alma; ésta habitaba en una región del *Topus Urano* (un lugar en el espacio o cielo) en el que podía contemplar las “formas perfectas” (las categorías, diremos nosotros) con las cuales comenzaba el proceso que hemos analizado. Si bien la explicación nos puede parecer disparatada, debemos rescatar algo importante: Platón comprendió que las categorías de pensamiento nos vienen desde lo exterior, no se generan dentro de nosotros. Entonces, podemos definir hoy *esa exterioridad* como *lo social, lo cultural, el mundo en el que nacemos*. Esta exterioridad que ingresa en nosotros la denominamos *educación* —en su sentido más abarcador— es la que nos va incorporando esas categorías desde nuestra infancia.

Con ellas, para nuestra actividad cotidiana, podemos determinar y definir qué aspectos o formas son más importantes para comprender cómo se entran los procesos de las relaciones entre los hombres, y definir a partir de ello una propuesta (teoría) que describa y explique cómo funciona un determinado orden social, si es posible. Es, entonces, una interpretación intelectual acerca de un objeto inasible por sus

⁵ Filósofo griego seguidor de Sócrates y maestro de Aristóteles. En 387 fundó la Academia, institución que continuaría su marcha a lo largo de más de novecientos años y a la que Aristóteles viajaría desde Estagira a estudiar filosofía.

dimensiones y complejidades. La categoría, expresada en palabras, nos permite descubrir cuáles son aquellas formas o modos sociales más importantes de las que depende el resto del sistema.

Veamos un ejemplo que nos permita aterrizar de las nebulosas metafísicas. Aristóteles sostenía que la esclavitud era un modo de relación con “ciertos hombres” para trabajar, dada la condición bajo la cual ellos nacían, pertenecientes a una sub-especie, entre lo humano y lo animal. Esto determinaba al esclavo, dicho con palabras de hoy, porque estaba ya grabado en su estructuración biológica, pertenecía a una condición de la naturaleza. Partiendo de esta *categoría*, todo lo que se pudiera decir de esa condición estaba acotado por ese conjunto de ideas que quedaba definido con la categoría “esclavo”.

Por tal razón, es preciso reconocer que imaginar la abolición de la esclavitud en la Grecia clásica hubiese implicado repensar el tema desde otra categoría, que recién, cuatro siglos después, aporta el pensamiento cristiano, la igualdad entre los hombres: “los hombres son todos iguales, hijos de Dios”, imposible para la mentalidad griega y sus valores fundamentales. Una analogía comprensible, desde nuestra situación actual, sería pensar una teoría política que desplazara el concepto de democracia partiendo de una estratificación, supuestamente científica, de los hombres según el color de piel, lo que nos llevaría a postular clases sociales definidas a partir de una determinación anatómica, bajo la categoría “clases étnicas”.

Este razonamiento analógico pretende mostrar que hay una complejidad inherente a las relaciones entre el producto del pensamiento, las ideas, y las condiciones sociohistóricas donde se desarrolla el acto singular de pensar. Es éste, precisamente, el centro del problema que quiero plantear en esta primera aproximación. Poder asumir la necesidad de revisar las categorías de pensamiento desde las cuales observamos y pensamos para que ellas no operen inconscientemente a “nuestras espaldas”, mostrando y ocultando al mismo tiempo, condicionando las conclusiones a las que podamos arribar. El poeta español Ramón de Campoamor (1817-1901), lo dijo en una de sus humoradas: «En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira... todo es según el color del cristal con que se mira».

Nos encontramos hoy cerca del final de un sistema de valores, de una cultura, de una cosmovisión, que se ha denominado el Occidente Moderno⁶. El agotamiento de ese proyecto cultural se verifica en el estado de descomposición de partes importantes de él. No debe entenderse esto como un derrumbe inmediato, pero el punto de inflexión de la curva del proceso cultural ya comenzó su descenso. La revisión crítica de la situación actual nos impone la necesidad de pensar un posible camino de transición hacia una nueva forma social, una nueva cultura, una cosmovisión, que contenga alguna propuesta de estructuración que permita resolver los problemas evidenciados por esta decadencia. Para ponerle nombre: las consecuencias del *capitalismo especulativo salvaje* que hoy impera en el planeta está llegando a límites insostenibles.

La advertencia necesaria que encierran la metáfora y analogía propuesta es que, en parte, corremos el riesgo de quedar como Eudoxio o Aristóteles: atrapados por las categorías de ese pensar que acompañó la etapa anterior que ya llega a un fin previsible, aunque no inmediato.

La necesidad de otear el horizonte se frustra a partir de las categorías de pensamiento con las que fuimos formados y ello nos precipita hacia el abismo del escepticismo o la incompreensión. El desafío consiste en ejercer la crítica sobre nuestro modo de pensar, con su sistema de ideas y conceptos, para afrontar con la mayor apertura y flexibilidad posible, con nuevas categorías, un tiempo futuro que dependerá de la

⁶ Se puede consultar mi trabajo *La decadencia de Occidente* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

capacidad creativa de ellas —en formación, provisorias— categorías nuevas que nos impedirán caminar a ciegas. Hace tiempo que el físico alemán, Albert Einstein⁷ (1879-1955), nos advirtió: «No podemos resolver problemas pensando de la misma manera que cuando los creamos».

Propongo la lectura de algunos textos que, creo, contribuyen a profundizar estas primeras reflexiones. Uno es del filósofo argentino Ricardo Forster⁸ (1957), que nos habla del tiempo que nos ha tocado vivir y de la necesidad de tomar consciencia de ello:

Hay momentos en que es posible sentir la presencia de la historia, de su aliento y de su potencia. Momentos de oportunidad y riesgo tocados por la intensidad y definidos por la importancia de lo que se abre, pero que también nos señalan la extraordinaria significación de lo que ha quedado detrás de nosotros y que ha conmovido profunda y estructuralmente la vida [...] Momentos en los que se vuelven a abrir las intensidades que permanecían dormidas o que habían sufrido el cruel destino de los derrotados que no es otro que el ostracismo o el olvido [...] Momentos en los que la dinámica imprevista de la historia recupera lo que se había perdido y vuelve a hacer visible lo que permanecía invisible reconstruyendo puentes de ida y vuelta entre el presente y ese pasado semidesvanecido que, sin embargo, regresa desde una espectralidad que nos recuerda que es imposible borrar para siempre la memoria de un pueblo. Momentos en los que todo se pone en discusión y en los que el apasionamiento vuelve a apoderarse de los sujetos sociales como sólo lo puede lograr la recuperación de la lengua política entendida como instrumento de disputa y transformación. Ser contemporáneos de momentos así constituye un raro privilegio y un enorme desafío precisamente allí donde se conjugan el peligro y la oportunidad. Siempre es bueno recordar lo que decía el poeta: “Allí donde crece el peligro también crece lo que salva”. Traducido a nuestra experiencia histórica esto tal vez significa que sólo cuando se abre el horizonte y se avanza hacia lo nuevo es cuando lo que se pone en juego es de tal densidad que el peligro siempre está a la vuelta de la esquina. Sin este juego entre desafío y riesgo, entre audacia y peligro, la aventura política no pasaría de ser otra cosa que administración burocrática de los asuntos sociales.

Estos tiempos no pasan para todos del mismo modo. Una gran parte de las personas, a quienes la cotidianeidad de la vida arrastra dentro de una repetición extenuante de un presente perpetuo, angustiadas por el torbellino de una situación internacional convulsionada, así, sumergidas en las exigencias diarias, pueden perder de vista o están imposibilitadas de percibir lo que nos señala Forster: *la excepcionalidad del momento en el que estamos*. Ello los convierte en ciegos y sordos respecto de ciertos llamados de la historia. Tantas veces los hombres fueron testigos de grandes epopeyas y no supieron lo que se estaba tramando como germen de un futuro diferente. La cultura actual tiende a enterrarlos en la banalidad de lo cotidiano, en la importancia de lo minúsculo e intrascendente, y los convierte en espectadores de las pequeñas cosas e insensibles ante los grandes momentos. Nuestro filósofo nos advierte, nos llama, nos reclama abrir los ojos del espíritu ante la responsabilidad que debemos asumir. Se puede recordar aquí unos versos escritos para

⁷ Físico alemán, nacionalizado después suizo y estadounidense. Es considerado como el científico más conocido y popular del siglo XX.

⁸ Filósofo y ensayista argentino, Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Es investigador y profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y *Distinguished Professor* de la Universidad de Maryland.

otra ocasión pero que pueden reverberar en nosotros. Dijo el poeta español, Jorge Manrique⁹ (1440-1479) como una exhortación a tomar conciencia del tiempo que vivimos: «Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte, contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando, cuán presto se va el placer...; cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor».

El segundo texto para leer pertenece al pensador mexicano Pablo González Casanova¹⁰ (1922), que nos remite a repensar las reacciones sociales de distintos pueblos que estallan por no aceptar más las condiciones de vida que les han impuesto. Hay en ellas algo de espontaneísmo, resultado de situaciones que encuentran una válvula de escape en momentos no previstos por los dominadores. Nos propone comparar las que se están produciendo en las primeras décadas de este siglo con otras convulsiones sociales del siglo XX. Propongo buscar en sus palabras una guía para ampliar nuestra capacidad de investigar nuestro tema:

En la crisis de principios del siglo XX las rebeliones se organizaron con base en ideologías como el anarquismo, el comunismo, el nacionalismo revolucionario. Las del siglo XXI no se apoyan en ideologías más o menos sistemáticas de las que los actores deriven programas de organización y acción. Y si esto tiene como ventaja el que no se puede invocar un texto del pasado para explicar lo que pasa hoy y menos aún para decidir lo que hoy debe hacerse, el carecer de sistemas confiables y comprensivos del conjunto plantea problemas que debemos atender en cada circunstancia o contexto tomando en cuenta lo que en ellos de universal y específico se da. Y este hecho también sería muy positivo si estuviéramos acostumbrados a preguntarnos qué hacer y cómo hacerlo antes de lanzarnos a las luchas y en el curso de las mismas. Pero ni estamos acostumbrados a hacernos preguntas y a discutir las hasta lograr un máximo consenso, ni hoy como ayer podemos ponernos todos a discutir antes de actuar cuando los más audaces y seguros toman las decisiones y el resto se ve en la necesidad de seguirlas o desertar.

En tales condiciones “la audacia y más audacia” a que nos convoca Samir Amín, debe asociarse estrechamente al hecho de coincidir en los motivos de la audacia, y al arte de preguntar a tiempo, de escuchar a tiempo las diferencias que en el grupo se dan, aclarando los argumentos que no se comparten, y atendiendo las razones del otro, así como las distintas alternativas que se presentan. Si en los nuevos movimientos la audacia para pensar y organizarse acompaña (precede y sucede) a la audacia para actuar, y si no se trata de una audacia individual sino de la asumida por los integrantes de un colectivo, tras deliberaciones y consideraciones de los “pros” y los “contras” de cada alternativa, podrá no recurrirse ya a las filosofías de otros tiempos y de otros lugares y no tomarlas ya como verdades y dogmas venerables a seguir y respetar en toda circunstancia.

Nos señala el riesgo de intentar pensar lo presente desde categorías válidas para otras experiencias distintas, sin que ello niegue la validez de esas experiencias. Lo imprudente es creer que, una vez sabido lo que aconteció antes, esto nos habilite a pensar desde allí lo que se presenta hoy o mañana. Yo hablaba antes de *creatividad*; ahora nos encontramos con la *audacia*, capacidades de la mente que pueden ayudarse mutuamente en la tarea de pensar hacia el futuro.

⁹ Poeta castellano del Prerrenacimiento, es autor de las *Coplas a la muerte de su padre*, uno de los clásicos de la literatura española de todos los tiempos.

¹⁰ Destacado sociólogo, ensayista y crítico mexicano condecorado por la Unesco, en 2003, con el Premio Internacional *José Martí* por su defensa de la identidad de los pueblos indígenas de América Latina. Fue presidente del Consejo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y Rector de la UNAM.

Desde otra perspectiva, para aventurarnos en esta tarea del pensar, Eduardo Rinesi¹¹ (1964) nos invita a reflexionar sobre un tema imprescindible para no quedarnos en la superficie cómoda pero pobre de la problemática que propongo.

Hay política porque siempre hay fuerzas que nos superan y dominan, pero también porque, a pesar de eso, los hombres, peleando, conversando, acordando o no, vamos abriéndonos camino en medio de “los dardos y flechazos de la insultante fortuna”, de las fuerzas que no podemos controlar. Vamos construyendo colectivamente, con más o menos sagacidad y suerte, órdenes que son siempre contingentes, nunca definitivas, pero que nos permiten ir viviendo la vida e ir imaginando otros destinos. Hoy tiende a volverse hegemónica en la discusión política, periodística e incluso académica una idea sobre lo que sería un buen orden político que querría creer que el conflicto no es inherente a las sociedades, que las sociedades podrían vivir sin conflictos, y que cuando el conflicto aparece, debemos atribuirlo al carácter más o menos pendenciero de tal o cual dirigente y no a algo que constituye la naturaleza misma de todo orden.

Es necesario recuperar la idea de que los conflictos son inevitables e incluso, en ciertas circunstancias, buenos. De que los órdenes sociales nunca “cierran”. Disimular la conflictividad inherente a la vida social es ideología pura. No habría vida individual ni colectiva, ni historia universal, si no hubiera conflicto. Por eso trato de recuperar la idea de la centralidad del conflicto para pensar cualquier orden político. Más todavía cuando se trata de pensar, como es el caso hoy en Argentina, la cuestión de la república. En efecto, la cuestión de la república aparece hoy, con gran insistencia entre nosotros, pero lo hace en general de un modo muy pobre, asociado a la reivindicación de las reglas y los procedimientos, a la crítica de la corrupción y a la celebración de la división de poderes. Es más interesante recuperar del gran pensamiento republicano clásico la constatación de la tensión entre el hecho de que la cosa pública –eso quiere decir res publica– es una cosa común, una cosa de todos, y la verificación de que esa cosa de todos es una cosa conflictiva. En esa tensión entre el conflicto y la necesidad de un orden radica la fuerza de la idea de república. Y nos perdemos esa fuerza cuando convertimos la república apenas en un conjunto amable de buenas maneras.

Rinesi nos llama la atención respecto de una especie de bastardización de ciertas palabras que se van aguachentando, de modo tal que dejan de decir lo fundamental de su significación. Para ello se nos impone prestar atención al lenguaje, a sus contenidos originarios. Es una tarea necesaria para no perdernos en la selva mediática que, por su tilinguería, su mediocridad, su individualismo descomprometido y, además, porque logra imponerse por su fuerza comunicacional con pretensiones académicas, al vaciar las palabras de su contenido interpelante torna el debate en un diálogo superficial. Este cuidado en el uso de la palabra es hoy más importante por nuestra travesía desde un tiempo de crisis hacia la apertura de otro tiempo de creatividad política.

Las características únicas e imprevisibles del tiempo intermedio, el que se presenta como yéndose y sin embargo, simultáneamente, abriendo un sendero para lo que viene, ese tiempo entre dos momentos sociales, dos proyectos políticos, culturales, nos exige ser personas dispuestas a “correr riesgos” personales, intelectuales, de fe y esperanzas, recuperando la capacidad de asombro ante la novedad que se vaya develando, porque nos estamos introduciendo en espacios en los que, como nos advirtió el poeta español

¹¹ Filósofo, politólogo y educador argentino. Actualmente es el Rector en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Obtuvo su Licenciatura en Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Rosario, su Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO y se doctoró en Filosofía en la Universidad de San Pablo.

Antonio Machado (1875-1939), «se hace camino al andar». Todo nuevo camino, más aun cuando debe abrirse, porque no está o ha sido poco transitado todavía, ofrece nuevas dificultades y sorpresas. Atahualpa Yupanqui (1908-1992) nos habla de un modo de abrir caminos, en estos versos:

De tanto dir y venir/ abrí una huella en el campo. Para el que después anduvo/ ya fue camino liviano.
Las huellas no se hacen solas/ ni con solo el ir pisando. Hay que rodear madrugadas/ maduras en sueño y llanto.

Filósofos, sociólogos, poetas son fuentes de ideas vivas, manantiales de agua fresca, donde abreviar para seguir avanzando. Imprescindibles palabras para el momento de lanzarnos a la tarea, a la aventura, a la osadía de pensar futuros diferentes, de otear horizontes desconocidos, de tantear senderos inexplorados, es decir, de pensar meditativamente, como exigía Martín Heidegger¹² (1889-1976), para romper la corteza de esta realidad cotidiana y arriesgar nuestra mirada en la turbulencia de las aguas profundas que la historia hace correr por debajo de la superficie social.

Después de esta tarea de preparación, demos un paso hacia la realidad sociopolítica del complejo mundo global. Revisemos algo de lo que han dicho y escrito algunas de sus figuras representativas, respecto de ese universo que hoy enfrentamos. Esto nos ofrecerá un primer diagnóstico cuya aproximación deberá ser pensada como paso previo a reflexiones más detenidas y complejas.

Apéndice

Este apéndice contiene unas lecturas recomendadas que nos enfrenta con otros modos del pensar y del saber, totalmente ajenos a la cultura Occidental y, por tales, ignorados por la Universidad, templo del saber “científico y académico”. También alguna posición crítica respecto de la formación de la opinión pública. El ejercicio del lector de intentar ubicar el lugar ideológico desde el que están escritos creo que obligan a cuestionar nuestro supuesto universalismo abstracto dentro del cual nos han educado. Ese universalismo, que responde al “universo Occidental Moderno”, es excluyente de la riquísima diversidad de las culturas, pasadas y actuales, que integran la enorme variedad del historial humano y, por esa razón, empobrece nuestro espíritu. Mi sugerencia es que sean leídos con una actitud humilde y respetuosa, que nos baje del pedestal de la superioridad del “hombre blanco, rubio de ojos celestes”.

Este pedido lleva implícito el esfuerzo de comprensión que significa para nosotros colocarnos en el lugar del otro y reconocerle la misma dignidad y sapiencia que la que hemos recibido, de la cuales no tenemos derecho a la exclusividad.

El gran profeta indígena

En este año 2004 se cumplen 150 años del famoso manifiesto del Cacique Seattle de 1854, impartido por el célebre líder indígena ante el Comisionado del gobierno de Estados Unidos Isaac Stevens, enviado con la misión de adquirir las tierras de los indígenas representados por Seattle.

¹² Filósofo alemán. Discípulo de Husserl, de indiscutible preeminencia dentro de la filosofía continental europea, ejerció la docencia en su cátedra de la Universidad de Friburgo.

La respuesta de Seattle a Stevens se ha convertido en la pieza de sabiduría indígena más renombrada en el mundo, y, para muchos, en una especie de "biblia" del movimiento ecológico mundial. El manifiesto de Seattle es un alegato de profundo amor y defensa de la Naturaleza, así como de advertencia a la nueva civilización conquistadora de lo que podía ocurrirle si desconocía lo anterior. Fue un intento de Seattle para conjurar los peores males de una confrontación donde él sabía que la causa indígena llevaba las de perder; ante la ola arrolladora de los nuevos poderosos "amos" que se abalanzaban sobre su amado mundo. En vez de optar por una resistencia guerrera automática o una mano resignada para recibir las confundidoras prebendas del conquistador, Seattle optó por un aleccionador discurso ético donde al tiempo que le pedía a Stevens tiempo para considerar con su gente la propuesta que él traía, impartió cátedra a éste y su gobierno sobre lo que significaba la "cultura de la tierra" para los indígenas y cuestionó los fundamentos de su pretensión adquisicionista.

Su reivindicación del cardinal principio chamánico de que "Todo es uno y todo está vivo" -incluyendo además del ser humano a los animales, plantas, suelos, agua, aire y hasta las propias rocas; y de allí el corolario de respetar toda la Creación y toda Vida. Su prédica sobre la preferencia de la no violencia sobre la violencia, a fin de asegurar en forma profunda y duradera la solución de los conflictos y la convivencia humana (aunque la violencia pudiera ser un recurso defensivo último inevitable). Su interesante comparación entre la religiosidad cristiana y la indígena. Y sus severas advertencias sobre lo que le esperaba a la nueva civilización si desconocía la suprema ética y sabiduría de la Naturaleza que él se afanaba en transmitir. En lo más esencial de la misión personal que él se trazó, Seattle fue un tendedor de puentes entre un mundo que sucumbía y uno que afloraba, entre una probada sabiduría milenaria y una prepotente e incierta nueva sabiduría, entre una apuesta por una guerra suicida y una paz que garantizara la supervivencia, entre la desesperanza y la esperanza, entre la muerte y la trascendencia.

Pero la gran autoridad, fortaleza y sabiduría que Seattle tenía lo había preparado en forma extraordinaria para tal papel. Habiendo él mismo sido antes un gran guerrero conocía bien el gran costo y limitaciones de las soluciones en base a la violencia. Habiendo sido criado en el recio y sano estilo de vida indígena, y en un linaje de caciques que enfatizaba más el ejemplar cumplimiento de deberes que la invocación de privilegios, tenía una fortaleza física y una vocación de servicio formidables. Y habiendo sido iniciado en las artes chamánicas más avanzadas, Seattle llegó a ser poseedor de gran sabiduría, sabiduría de carácter profético y visionario. Y se conectó con el cumplimiento de profecías indígenas de larga data que anuncian que estamos en tiempos de una gran purificación de la humanidad y el planeta, que traerá agonía y desaparición de mucho de lo conocido, pero también nueva esperanza y vida.

Luego del tratado de advenimiento que terminara firmando finalmente con el Comisionado Stevens en 1855, el Tratado de Point Elliot, que suscribiera un año después de su discurso de 1854, tratado que intercambió "el cese de hostilidades" entre blancos e indígenas por un confinamiento territorial de éstos. Como resultado hubo una ocupación hegemónica de los colonizadores, pero ninguna de las obligaciones principales de los blancos fue cabalmente cumplida por éstos. A pesar de tales fallidos resultados, el exterminio indígena fue menor en la región del Noroeste de Estados Unidos donde residía la cultura de Seattle que en el resto del país donde alcanzó característica de holocausto; y la tolerancia entre las dos civilizaciones fue relativamente mayor en dicha zona que en otras.

Ser indígena, en definitiva, es más que un color de piel, raza o tipo de sangre; es un estado de conciencia de vivir en profunda y coherente comunión con la Madre Naturaleza y sus leyes. Desde ese punto de vista, en definitiva, todos hemos sido indígenas por nuestro origen conectado con la Madre Naturaleza; e indígenas todos hoy deberíamos ser como un asunto vital para la verdadera defensa y salvación de la Humanidad y el planeta.

Carta del cacique Seattle, cacique de los indios Duwamish, al presidente de los EEUU, Franklin Pierce - 1854

"El Gran Jefe de Washington ha mandado decir que desea comprar nuestra tierra. El Gran Jefe nos ha asegurado también su amistad y benevolencia. Esto es amable de su parte, pues bien sabemos que él no necesita nuestra amistad. Vamos, sin embargo, a pensar en su oferta, pues sabemos que, de no hacerlo, el hombre blanco vendrá con armas y tomará nuestra tierra. El Gran Jefe de Washington puede confiar en lo que dice el Jefe Seattle con la misma certeza con que nuestros hermanos blancos pueden confiar en el cambio de las estaciones del año. Mi palabra es como las estrellas. Ellas no palidecen.

¿Cómo puedes comprar o vender el cielo y el calor de la Tierra? Tal idea nos es extraña. Si no somos dueños de la pureza del aire o del resplandor del agua, ¿cómo puedes entonces comprarlos? Cada terrón de esta tierra es sagrado para mi pueblo. Cada hoja reluciente del pino, cada playa arenosa, cada velo de neblina en la oscura selva, cada claro del bosque y cada insecto que zumba son sagrados en las tradiciones y en la conciencia de mi pueblo. La savia que circula por los árboles lleva consigo los recuerdos del hombre rojo. El hombre blanco olvida su tierra natal cuando, después de muerto, va a vagar entre las estrellas. Nuestros muertos nunca olvidan esta hermosa Tierra, pues ella es la madre del hombre rojo. Somos parte de la Tierra y ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas. El venado, el caballo y la gran águila son hermanos nuestros. Las cumbres rocosas y las campiñas verdeantes, el calor de los ponis y el del ser humano, todos pertenecen a la misma familia.

Por eso cuando el Gran Jefe de Washington manda decir que desea comprar nuestra tierra, exige mucho de nosotros. El Gran Jefe manda decir que va a reservar para nosotros un lugar en el que podamos vivir cómodamente. Él será nuestro padre y nosotros seremos sus hijos. Por eso vamos a considerar tu oferta de compra de nuestra tierra. Pero eso no va a ser fácil, porque esta tierra es sagrada para nosotros. Esta agua brillante que corre por los ríos y arroyos no es sólo agua, sino también la sangre de nuestros antepasados. Si te vendemos la tierra deberás acordarte de que es sagrada y que cada reflejo en el espejo del agua transparente de los lagos cuenta las historias y los recuerdos de la vida de mi pueblo. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre. Los ríos son nuestros hermanos. Sacian nuestra sed. Los ríos transportan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si te vendemos nuestra tierra habrás de recordar y de enseñar a tus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también tuyos y tendrás que tratar a los ríos con la misma amabilidad que otorgarías a un hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Para él un lote de terreno es igual a otro, porque es un forastero que llega en el silencio de la noche y arrebatada de la tierra todo lo que necesita. La Tierra no es su hermana, sino su enemiga. Y después de conquistarla se marcha. Deja tras de sí las tumbas de sus antepasados y no le importa. Arrebata la tierra de las manos de sus hijos y no le importa. Olvida la sepultura de sus padres y el derecho de sus hijos a la herencia. Trata a su madre, la Tierra, y a su hermano, el Cielo, como cosas que se pueden comprar, saquear, vender como ovejas o quincallería reluciente. Su voracidad arruinará la Tierra, dejando tras de sí sólo desierto. No sé. Nuestros modos de proceder difieren de los tuyos. La visión de tus ciudades causa tormento a los ojos del hombre rojo. Pero tal vez sea porque el hombre rojo es un salvaje que no entiende nada. No hay ni un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco. No hay un lugar en el que se pueda oír el brotar de las hojas en la primavera o el revolotear de las alas de un insecto. Pero tal vez eso se deba a que yo soy un salvaje que no entiende nada.

El ruido no sirve más que para insultar a los oídos. ¿Y qué vida es ésa en la que un hombre ya no puede oír la voz solitaria de un curiango¹³, la conversación de los sapos junto al pantano? Soy un hombre rojo y no entiendo nada. El indio prefiere el suave susurro del viento acariciando la superficie de un lago y el aroma del mismo viento, purificado por una lluvia de mediodía u oliendo a pino. El aire es muy valioso para el hombre rojo, porque todas las criaturas participan de la misma respiración, los animales, los árboles y el ser humano. Todos participan de la misma respiración. El hombre blanco no parece percibir el aire que respira. Como un moribundo en prolongada agonía, es insensible al aire fétido. Pero si te vendemos nuestra tierra habrás de acordarte de que el aire es precioso para nosotros, que el aire reparte el espíritu con toda la vida que él sustenta. El viento que dio a nuestro bisabuelo su primer soplo de vida recibe también su último suspiro. Y si te vendemos nuestra tierra, deberás mantenerla reservada, hecha un santuario, como un lugar al que el mismo hombre blanco pueda ir para saborear el viento, endulzado con la fragancia de las flores del campo.

Así pues, vamos a considerar tu oferta de compra de nuestra tierra. Si decidimos aceptar, lo haré con una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como si fueran hermanos. Soy un salvaje y no consigo pensar de otro modo. He visto millares de bisontes pudriéndose en la pradera, abandonados por el hombre blanco que los abatía a tiros disparados desde un tren en movimiento. Soy un salvaje y no entiendo cómo un humeante caballo de hierro puede ser más importante que el bisonte que nosotros, los indios, matamos únicamente para sustento de nuestras vidas. ¿Qué es el hombre sin los animales? Si todos los animales se acabasen, el hombre moriría de soledad de espíritu. Porque todo lo que les sucede a los animales, le sucede luego también al hombre. Todo está relacionado entre sí.

Debéis enseñarles a vuestros hijos que la tierra donde pisan simboliza las cenizas de nuestros antepasados. Para que tengan respeto a los padres, cuéntales a tus hijos que la riqueza de la tierra son las vidas de nuestros parientes. Enséñales a tus hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la Tierra es nuestra madre. Todo cuanto hiere a la Tierra, hiere a los hijos e hijas de la Tierra. Si los hombres escupen en el suelo, escupen sobre sí mismos. Una cosa sabemos: que la Tierra no le pertenece al hombre. Es el hombre el que pertenece a la Tierra. De eso estamos ciertos. Todas las cosas están relacionadas entre sí como la sangre que une a una familia. Todo está relacionado. Lo que hiere a la Tierra, hiere también a los hijos e hijas de la Tierra. No fue el hombre el que tejió la trama de la vida: él es sólo un hilo de la misma. Todo cuanto haga con la trama se lo hará a sí mismo.

Nuestros hijos han visto a sus padres humillados en la derrota. Nuestros guerreros sucumben bajo el peso de la vergüenza. Y tras la derrota pasan el tiempo sin hacer nada, envenenando su cuerpo con alimentos endulzados y bebidas fuertes. No tiene mucha importancia dónde pasaremos nuestros últimos días. Éstos no son muchos. Algunas horas más, algunos inviernos quizás, y ninguno de los hijos de las grandes tribus que vivieron en estas tierras o que hayan vagado en grupos por los bosques quedará para llorar sobre los túmulos, un pueblo que un día fue tan poderoso y lleno de confianza como el nuestro. Ni el hombre blanco con su Dios, con el que anda y con quien conversa de amigo a amigo, queda al margen del destino común. Podríamos ser hermanos a pesar de todo. Vamos a ver. Estamos ciertos de que el hombre blanco llegará tal vez a descubrir, un día, una cosa: nuestro Dios es el mismo Dios. Quizás puedes pensar que Lo puedes poseer de la misma manera que deseas poseer nuestra tierra. Pero no puedes. Él es el Dios de la Humanidad entera. Él tiene la misma piedad para con el hombre rojo y para con el hombre blanco. Esta Tierra es preciosa para Él. Causar daño a la Tierra es despreciar a su Creador.

¹³ El Curiangó es un ave de unos 28 cms. Cola muy larga. Alas largas con la punta redondeada. Muy común en los caminos. Sus ojos brillan con un color rojo rubí al ser enfocado por las luces de los vehículos.

Los blancos también han de acabarse un día. Puede que más temprano que todas las demás razas. ¡Seguid adelante! ¡Ensuciad vuestra cama! ¡Una noche vais a morir ahogados en vuestros propios excrementos! Sin embargo, al desaparecer, brillarán con fulgor, abrasados por la fuerza de Dios que los trajo a este país y los destinó a dominar esta tierra y al hombre rojo. Este destino es un enigma para nosotros. No conseguimos cómo será cuando los bisontes hayan sido masacrados, los caballos salvajes domesticados, los rincones más apartados del bosque infestados por el olor de mucha gente y las colinas ondulantes cortadas por los hilos que hablan. ¿Dónde ha quedado el bosque denso y cerrado? Se acabó. ¿Dónde estará el águila? Se fue. ¿Qué significa decirle adiós al poni ligero y a la caza? Es el fin de la vida y el comienzo de la supervivencia.

Por algún designio especial, Dios os ha dado el dominio sobre los animales, los bosques y el hombre rojo. Pero ese designio es para nosotros un enigma. Tal vez lo comprenderíamos si conociésemos los sueños del hombre blanco, si supiésemos cuáles son las esperanzas que transmite a sus hijos e hijas en las largas noches de invierno y cuáles las visiones de futuro que ofrece a sus mentes para que puedan formular deseos para el día de mañana. Pero somos salvajes. Los sueños del hombre blanco siguen ocultos para nosotros. Y por estar ocultos, hemos de caminar solos nuestro propio camino, pues por encima del todo, apreciamos el derecho que cada uno tiene de vivir conforme desea. Por eso, si el hombre blanco lo consiente, queremos ver garantizadas las reservas que nos prometió. Allí quizás podamos vivir nuestros últimos días conforme deseamos.

Si te vendemos nuestra tierra, ámala como nosotros la amábamos, protéjala como nosotros la protegíamos. Nunca olvides cómo era esta tierra cuándo tomaste posesión de ella. Y con toda tu fuerza, tu poder y con todo tu corazón, consérvala para tus hijos e hijas y ámala como Dios nos ama a todos. Una cosa sabemos: nuestro Dios es el mismo Dios. Esta tierra le es sagrada. Ni siquiera el hombre blanco puede eludir el destino común a todos nosotros.

La erosión de la «Relational Matrix»

Leonardo Boff (1938), teólogo, sacerdote franciscano, filósofo, escritor, profesor y ecologista brasileño.

Hoy en el mundo hay mucha gente, de las más distintas procedencias, preocupada por la crisis actual que engloba un conjunto de otras crisis. Cada una trae luz. Y toda luz es creadora. Pero, por mi parte, que vengo de la filosofía y de la teología, siento la necesidad de una reflexión que vaya más hondo, a las raíces, donde lentamente ella se originó y que hoy estalla con toda su virulencia. A diferencia de otras crisis anteriores, ésta tiene una particularidad: en ella está en juego el futuro de la vida y la continuidad de nuestra civilización. Nuestras prácticas están yendo contra el curso evolutivo de la Tierra. Ésta nos ha creado un lugar amigable para vivir pero nosotros no nos estamos mostrando amigables con ella. Le hacemos una guerra sin tregua en todos los frentes, sin ninguna posibilidad de vencer. Ella puede continuar sin nosotros. Nosotros, sin embargo, la necesitamos.

Estimo que el origen más cercano (no vamos a retroceder hasta el homo faber, de hace dos millones de años, ni al homo sapiens-sapiens, doscientos mil años¹⁴) se encuentra en el paradigma de la modernidad que fragmentó lo real y lo transformó en un objeto de ciencia y en un campo de intervención técnica. Hasta entonces la humanidad se entendía normalmente como parte de un cosmos vivo y lleno de sentido,

¹⁴ Se puede consultar sobre el tema mi trabajo *El hombre originario* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

sintiéndose hijo e hija de la Madre Tierra. Ahora ésta ha sido transformada en un almacén de recursos. Las cosas y los seres humanos están desconectados entre sí, siguiendo cada cual un curso propio. Este giro produjo una concepción mecanicista y atomizada en la realidad que está erosionando la continuidad de nuestras experiencias y la integridad de nuestra psique colectiva.

La secularización de todas las esferas de la vida nos quitó el sentimiento de pertenencia a un Todo mayor. Estamos descentrados y sumergidos en una profunda soledad. Lo opuesto a una visión espiritual del mundo no es el materialismo o el ateísmo, es el desenraizamiento y el sentimiento de que estamos solos y perdidos en el universo, cosa que una visión espiritual del mundo impedía.

Este conjunto de cuestiones subyace tras la actual crisis. Para salir de ella, necesitamos reencantar el mundo y percibir la Matriz Relacional (Relational Matrix) en erosión, que nos envuelve a todos. Estamos urgidos a comprender el significado del proyecto humano en el interior de un universo en evolución/creación. Las nuevas ciencias después de Albert Einstein¹⁵ (1879-1955), de Werner Heisenberg¹⁶ (1901-1976) Niels Bohr¹⁷ (1885-1962), de Ilya Prigogine¹⁸ (1917-2003) y de Stephen W. Hawking¹⁹ (1942) nos han mostrado que todas las cosas se encuentran interconectadas unas con otras de tal forma que forman un Todo.

Los átomos y las partículas elementales no son ya consideradas inertes y sin vida. Los microcosmos emergen como un mundo altamente interactivo, que no es posible describir mediante el lenguaje humano, sino solamente por la vía de la matemática. Forman una unidad compleja en la cual cada partícula está ligada a todas las demás y eso desde los inicios de la aventura cósmica hace 13,7 miles de millones de años. Materia y mente aparecen misteriosamente entrelazadas, siendo difícil discernir si la mente surge de la materia o la materia de la mente, o si surgen conjuntamente. La propia Tierra se muestra viva (Gaia), articulando todos los elementos para garantizar las condiciones ideales para la vida. En ella más que la competición funciona la cooperación de todos con todos. Ella muestra un impulso hacia la complejidad, la diversidad y la irrupción de la conciencia en niveles cada vez más complejos hasta su expresión actual a través de las redes de conexión globales dentro de un proceso de mundialización creciente.

Esta cosmovisión nos alimenta la esperanza de otro mundo posible, a partir de un cosmos en evolución que a través de nosotros siente, piensa, crea, ama y busca un equilibrio permanente. Las ideas-maestras como interdependencia, comunidad de vida, reciprocidad, complementariedad y corresponsabilidad son claves de lectura y alimentan en nosotros una visión más armoniosa de las cosas.

Esta cosmología es lo que falta hoy. Ella tiene la propiedad de proporcionarnos una visión coherente del universo, de la Tierra y de nuestro lugar en el conjunto de los seres, como guardianes y cuidadores de todo lo creado. Esta cosmovisión nos impedirá caer en un abismo sin vuelta atrás. En las crisis pasadas, la Tierra siempre se mostró a favor nuestro, salvándonos. Y ahora no va a ser diferente. Juntos, nosotros y ella, sinérgicamente podremos triunfar.

¹⁵ Físico alemán, nacionalizado después suizo y estadounidense. Está considerado como el científico más importante del siglo XX.

¹⁶ Físico alemán, conocido sobre todo por formular el “principio de incertidumbre”, una contribución fundamental al desarrollo de la teoría cuántica.

¹⁷ Físico danés que realizó fundamentales contribuciones para la comprensión de la estructura del átomo y la mecánica cuántica.

¹⁸ Físico, químico, sistémico y profesor universitario belga de origen ruso, galardonado con el Premio Nobel de Química del año 1977.

¹⁹ Físico, cosmólogo y divulgador científico británico. Es miembro de la Real Sociedad de Londres, de la Academia Pontificia de las Ciencias y de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos.

Recomendados

Ver los siguientes videos en las páginas mencionadas y relacionarlos con el contenido de este Cuaderno:

http://www.ted.com/talks/lang/es/bunker_roy.html

<http://www.webeconomia.com/videos-de-economia/paradigma-del-sistema-educativo>